

¿QUÉ HACER?

LA GRAN TAREA

Si la democracia política ha de echar raíces en México, no sólo deberá resolver el desafío que representa construir un nuevo orden institucional que asegure la división de poderes, la eficiencia administrativa, la justicia y el destierro del fraude y el autoritarismo, sino también enfrentar otro más viejo -tan terco como centenario- y de solución más difícil: el de avanzar en la erradicación de la injusticia social para crear una auténtica comunidad en torno a un proyecto nacional legítimo y factible. La democracia política no debe quedar reducida a la institucionalización de la competencia entre élites.

La nación mexicana está esperanzada ante la posibilidad del cambio político pero desmoralizada por la limitación de su horizonte económico, la enorme corrupción y el aumento de las distancias sociales. La democracia incipiente, para madurar, deberá traducirse en acciones de gobierno que modifiquen positivamente el nivel y la calidad de vida de la mayoría, de lo contrario puede volver a fracasar, como en el pasado.

En 1902 apareció un libro con el título de este artículo - *¿Qué hacer?*-, lo había escrito quién sería el padre de la Unión Soviética: Vladimir Ilich Ulyanov, es decir, Lenin. Se trataba de una propuesta para forzar al proletariado a ser

revolucionario y construir la nueva sociedad, una que, a la vez, fuera justa y eficaz. Finalmente, la solución planteada por Lenin no funcionó, pero el problema de justicia y eficacia sigue en pie. Hoy, la pobreza, el desempleo, la desigualdad, la descomposición social, la marginalidad y la corrupción nos obligan a volver a plantearnos el qué hacer en relación a la base material y moral de la sociedad. En México, el desequilibrio social se agudiza y, por tanto, aumenta la marginalidad, la inequidad y la criminalidad. De nueva cuenta la interrogante: ¿qué hacer? Si se deja el actual proceso económico -global y de mercado- sujeto a su propia lógica e inercias, el problema del conflicto social no va a resolver sino a agudizar.

En efecto, el objetivo de las actuales estructuras productivas mundiales es dar prioridad al aumento de la productividad de las empresas, pero no a la expansión del empleo bien remunerado ni, menos aún, a la distribución equitativa de los beneficios. Hay, pues, que transformar el actual régimen económico, pero ya no por la vía de la revolución mundial que probó ser eficaz, sino de la democracia política, sin dogmatismos, con imaginación y generosidad, negociando y sin pretender ya la solución total y definitiva - esa es la lección antidogmática del siglo XX- sino algo menos grandioso pero más factible: revertir las tendencias hacia la polarización entre grupos, clases, regiones y países.

INDICADORES

Los indicadores del avance de la desigualdad social, resultado del tipo de capitalismo que hoy prevalece, son muchos, pero aquí, por razones de espacio, sólo se presentan dos, ambos elaborados por Julio Boltvinik a partir de cifras oficiales ("Condiciones de vida y niveles de ingreso en México, 1979-1985", manuscrito). Si en 1977 el consumo privado *per capita* calculado con base en el producto interno bruto y en pesos constantes (de 1980) era de 37 mil 636 pesos, cuatro años más tarde llegó a 45 mil 796 pesos; sin embargo, a partir de ese momento, lo que ocurrió fue una caída imparable que en 1995 lo dejó en sólo 37 mil 361 pesos; y aunque el año pasado ese indicador volvió a aumentar, lo hizo de manera muy modesta: únicamente en 189 pesos.

Así, en materia de consumo, México ha regresado a los niveles que tenía 20 años atrás. Pero si el consumo ha disminuido, la desigualdad ha aumentado. Como se sabe, una fórmula tradicional para medir esa desigualdad es el coeficiente de Gini, donde el cero equivale a igualdad total y el uno a desigualdad absoluta. Pues bien, según Boltvinik, el Gini del ingreso monetario en México que era de 0.46 en 1981, subió a 0.49 en 1989, y finalmente el año pasado llegó a 0.51 (*L a Jornada*, 11 de julio). En suma: el consumo individual ha

caído y la desigualdad ha aumentado, fórmula ideal para la creación de problemas sociales.

LA ECONOMÍA

En su último informe anual, el presidente Zedillo ha propuesto un gran acuerdo nacional en torno a una "política de Estado para el crecimiento económico" que ponga su estrategia económica a salvo de la incertidumbre de las urnas. Obviamente, lo que el Presidente busca es que los avances de la oposición no interfieran con el proyecto económico transexenal en marcha. Las líneas centrales de ese modelo económico en vigor desde 1985 son los de la ortodoxia: equilibrio presupuestal, adelgazamiento del Estado, combate a la inflación e integración de la economía global por la vía norteamericana. Según el Presidente; la democracia incipiente no debe trastocar la lógica de mercado. Para sorpresa de nadie, la propuesta es apoyada por los líderes empresariales (véanse las declaraciones de Eduardo Bours del CCE, de Antonio del Valle de la Asociación de Banqueros o de Gerardo Aranda de Coparmex en *Reforma*, 3 de septiembre), en tanto que la oposición no ha ofrecido una alternativa igualmente clara.

Para el gobierno y los beneficiados por la actual política económica, al problema social hay que darle respuesta en dos niveles. El inmediato -apoyado por el Banco Mundial-, consiste en continuar con programas de bajo costo que sirvan

como paliativos, que no solución, de la pobreza. El Progreso de hoy es el heredero del Pronasol de ayer, del Coplamar de antier, del Pider de anteantier, y de la filantropía del siglo XIX o de los hospitales y hospicios de la Colonia.

El segundo nivel, "la verdadera solución", consiste en la vieja receta de "dejar hacer, dejar pasar", pues sólo el mercado puede acabar con la pobreza. Desde esta perspectiva, una vez que se recupere el crecimiento económico, los beneficiados hoy concentrados en un puñado de familias - actualmente en México seis individuos son dueños de activos por valor de 15 mil 300 millones de dólares, (*Fortune*, 28 de julio, pp. 128-130)- empezarán a gotear hacia las clases medias y finalmente se transmitirá a los sectores populares. Claro que el proceso no es rápido. En un arranque de sinceridad, el presidente Zedillo, que una vez pidió el voto prometiendo "bienestar de la familia", aceptó que ese bienestar no llegará a la base de la pirámide social sino después de "un largo tiempo" -alrededor de 20 años- pues no hay nada que se pueda hacer para acelerar el proceso, salvo esperar y aguantar.

La tesis del bienestar por goteo es vieja. La sostuvieron con argumentos "científicos" los liberales del siglo XIX que, finalmente, construyeron un sistema oligárquico y excluyente y no permitió que goteara nada. Más tarde, la idea la rescataron y modernizaron los "cachorros de la Revolución", que a partir de Miguel Alemán y para justificar el abandono del proyecto cardenista, propusieron no repartir más miseria -eso era

demagogia-, sino acumular primero riqueza en la cumbre para que, más tarde, u tarde que nunca llegó cayera hacia la base. Si, como bien sabemos, la tesis volvió a resultar falsa, ¿por qué va a ser cierta ahora? ¿Sólo porque la tercera es la vencida?

LOS OBSTÁCULOS

En un breve pero sustantivo artículo publicado en 1995 ("Winneers and Losers in the Information Age", *LSE Magazine*, verano de 1995, pp. 10-12), Ian Angel, profesor de la London School of Economics, sostiene que la nueva economía global es una donde predomina "la selección natural" y el bienestar por goteo no existe. Las masas no tiene forma de ganar, pues la tendencia es cada vez más a la concentración del poder y los ingresos económicos en las élites. El comercio global y la tecnología han creado compañías igualmente globales que han desbordado tanto los límites como la lógica del Estado nacional. El siglo que está por iniciarse estará dominado por un capitalismo basado en la información y no en la industria y que, por primera vez, es realmente global y sin enemigo al frente. Las empresas globales, las ya no atadas a ninguna lealtad nacional, son las que van a ganar y no tienen razón para distribuir esas ganancias.

Sistemáticamente, la nueva gran empresa busca y encuentra ventajas en cualquier parte del planeta, mueve sus capitales y

sus actividades de un país a otro, explota al máximo sus oportunidades y reserva la mejor paga para los pocos, para los "trabajadores del conocimiento" (*knowledge workers*). Estos últimos son los que dominan la información y los símbolos -las élites intelectuales, culturales y administrativas-, son móviles y usan al costo más bajo posible a la otra parte de la humanidad, a los "trabajadores de servicio" (*service workers*), mera mano de obra dependiente y con poca movilidad. En realidad, estas grandes empresas globales ya no encuentran plusvalía en muchos de sus trabajadores de servicio, y por ello no tienen empacho en eliminarlos por la vía de la automatización o de su reemplazo por personal más barato en el tercer mundo. En suma, la empresa del nuevo capitalismo crece y resulta más productivo entre menos trabajadores de servicio tenga.

La brutal lógica de la economía global no sólo margina a un número creciente de personas, sino que también ya choca con la lógica de los responsables gubernamentales. Mientras la empresa busca adelgazar la nómina al máximo y mantener el nivel impositivo al mínimo, las élites políticas exigen impuestos, empleo, seguridad y mejores salarios para sus votantes. Desafortunadamente, los gobiernos cada vez tienen menos posibilidades de obligar a la empresa a sujetarse al proyecto político nacional. La desaparición de la amenaza revolucionaria representada por el movimiento comunista internacional hace hoy muy lógico que las grandes concentraciones de capital

simplemente se desentiendan del problema social y dejen su solución en manos de los gobiernos. Pero, como vemos, estos gobiernos cada vez tienen menos posibilidades de obtener recursos fiscales y capacidad administrativa para hacer frente a sus responsabilidades como promotores del bienestar común, y por ello han desmantelado al Estado Benefactor y, como lo demuestra el discurso de Ernesto Zedillo, trasladado la responsabilidad de dar respuesta a las demandas y aspiraciones de mejoría de la mayoría a las fuerzas de mercado, pero como vimos, es justamente ese mercado el que promueve al sistema que ha creado el problema social.

¿QUÉ HACER?

El Estado mexicano, como muchos otros, ha perdido ya su capacidad para controlar las variables económicas que están concentrando los ingresos y aumentando la marginalidad. Si el actual sistema de producción no es nacional sino global, entonces el esfuerzo de transformación deberá ser también global pero, ¿cómo iniciarlo? ¿Quién tiene posibilidades de cambiar la naturaleza salvaje del capitalismo actual? Sólo un movimiento social iniciado en los países centrales podría desatar el cambio. Desafortunadamente, en tanto eso ocurre, las acciones aisladas en países marginales como el nuestro difícilmente podrán pasar de meros paliativos, pero al menos en este campo tendrán que ser mucho mayores y mejores que

Progresar. Es responsabilidad de la oposición imaginar y lograr la ampliación del campo de maniobra dentro de las difíciles condiciones en que nos ha colocado un evolución económica mundial sobre la que no tenemos control alguno. Algo hay que hacer o nuestra democracia recién nacida se quedará sin base.